

Como copos de nieve

Donny Arroyo



Capítulo 1

Era de noche, alrededor de las 11 pm. Las labores terminaban y la actividad en las calles ya se apagaba. Los estudiantes de la preparatoria ya habían salido de sus clases desde hace dos horas antes, por lo que las cercanías ya se encontraban libres de jóvenes alborotados. Solo quedaba una chica en toda la calle trasera del instituto. Su nombre era Sofía. Se encontraba sentada abrazando sus propias piernas, acurrucada en los muros de la escuela. Estaba llorando, mientras observaba el movimiento de la noche calmada y triste. Tal vez su madre ya había llamado mas de cien veces, pero desde antes decidió apagar el celular, aunque se arriesgara a que la asesinaran al llegar a casa, ella prefería estar un momento en calma llorando sin consuelo hasta que pudiera desahogar las lágrimas suficientes. Su llanto se debía a la ruptura con su novio, es decir, su ex-novio, tres horas atrás. Se concentró en revivir la memoria de aquel chico calmando un poco más su llanto. Se llamaba Samuel, un chico seguro, valiente, atractivo, pero a veces violento, posesivo y celoso; pero para Sofía eso no era ningún impedimento para amarlo. Llevaban dos meses juntos, casi el mismo lapso de tiempo en que habían entrado a la preparatoria. Se conocieron unos días después del inicio escolar, se relacionaron, encajaron, y se enamoraron mutuamente. Pero aquel día todo terminó con traición. Sus grandes amigos comenzaron a hablar mal a sus espaldas, le contaron a Samuel una serie de mentiras, dejándola como una hipócrita, convenenciera y “puta”, haciéndole creer a Samuel que era una pésima persona. Se sintió traicionada y abandonada, acababa de conocer a esas amistades, y le fallaron; no solo ellos, Samuel prefirió creerles antes que preguntarle a ella. De cualquier manera, Sofía sabía que solo necesitaba desahogarse esa noche, para que al día siguiente actuara como si no hubiese sucedido nada, Samuel había sido su pareja numero 15, ya estaba acostumbrada a llorar así por un “amor”, sabía que ya era normal y necesario; así que después de ello se concentraría en sus materias y conocería nuevas personas que en verdad valieran la pena, y además, probablemente entre esas personas encontraría un chico ideal.

...

Juan caminaba desconsolado por la calle, aguantándose gritar a llantos, succionando sus mocos y limpiando las lagrimas que lograban escaparse de sus ojos. Su familia lo había echado de casa, y todo por una simple discusión respecto a la moral, un tema con el que Juan y sus padres no concordaban mucho. La plática pasó a discusión, a dilema, luego a gritos, y luego a regaños y amenazas serias. No era la primera vez, siempre discutían por esto y más razones, pero en esta ocasión sus padres perdieron la paciencia, tal vez un tornillo, y lo echaron casi a patadas, amenazándolo de que no volviera si no era para disculparse, dar la razón y ayudar en casa. El se lanzó a correr furioso y decepcionado de sus padres. Definitivamente no iba a disculparse y dar la razón, mucho menos

ayudar a alguien como ellos. Estaba totalmente en desacuerdo, ellos tenían una mentalidad totalmente disfuncional, no podía tener ningún acuerdo con ellos nunca, no podían razonar con nadie, ni perdonar, ni ayudar, ni siquiera pedir, por estas y otras muchas razones Juan prefería aprovechar aquella oportunidad para irse lejos y empezar algo nuevo. Pero antes prefería pasar aquella noche para caminar, pensar, llorar y relajarse.

Abandonó sus pensamientos cuando vio a una chica acurrucada en el piso, era una joven delgada y con una apariencia amigable. Su mochila estaba botada a un lado; al parecer estaba llorando, asimilaba estar en trance. Por alguna razón desconocida sintió miedo y preocupación, así que se acercó un poco más.

—Oye... ¿Estás bien? —se puso de rodillas para intentar verla de frente.

Sofía reaccionó y levantó la cabeza apartando su cabello lacio y oscuro del rostro—. ¿He? Si... Sí, estoy bien. Gracias.

Juan pudo ver sus grandes ojos brillantes que ahora se encontraban cristalinos llenándose de lágrimas por ratos. Pensó un momento que decir mientras la veía llorar, no podía permitir dejarla así, menos sabiendo lo que se sentía. Aprovechó sus emociones negativas para encontrar un consuelo—. No, en serio. Perdón, creo que tanto mi pregunta como tu respuesta fueron tontas —le dio risa su propio comentario, que al parecer también hizo sonreír un poco a Sofía—. Vamos, puedes desahogarte conmigo, aunque no me conozcas, dime, te servirá —se sentó a un lado de ella a modo de consuelo. Sofía sabía que era verdad, volteó a observarlo mejor. Al parecer era unos centímetros más alto que ella, era delgado, y con un rostro fino y confiado, sin tomar en cuenta sus ojos rojos e hinchados que delataban que había llorado. Aquello le hizo saber que podría entenderla.

—No es nada... Creo que es normal, no te preocupes.

—Oh... Amor ¿Cierto?

¿Cómo lo había sabido? — ¿Qué? Si... Pero no es nada.

— ¿Eso significa que es mucho?

—No lo sé... Quizá.

— ¿Quieres contarme?

—Rompí con mi novio —rio irónicamente y tiró unas cuantas lagrimas

más.

Juan pensó unos segundos—. ¿Lo querías bastante?

—Sí, lo amaba.

—Supongo que llevaban demasiado tiempo para que duela así.

Sofía se dio cuenta de ello, no llevaban mucho tiempo, tal vez no valía la pena llorar de esa forma—. No... En realidad no. Dos meses.

Juan se decepcionó, no tenía mucho sentido para él. Buscó una forma de explicarlo—. Sinceramente, no tengo mucha experiencia en el amor, que digamos. Pero con la única persona que he estado aprendí suficiente, estuve casi dos años con ella, y estoy seguro de que apenas podía sentir que la amaba. Dolió bastante, pero lo superé, y mira estoy aquí intentando ayudarte. Así que... Podrías tomar el ejemplo y saber que lo que vale la pena es seguir adelante.

Ella entendía, se sintió un poco ofendida, estaba consciente de todo eso, aunque no podía negar que era inevitable sentirse vacía. —. Lo sé... Yo... Solo necesito llorar esta noche.

—Lo entiendo. No te preocupes, creo que a todos nos pasa, y a todos nos llega el momento ideal.

— ¿Te refieres a la persona ideal?

—Sí, exacto.

—Lo dudo —dijo con ironía.

Juan notó que en verdad se sentía triste y desilusionada, intentó con algo nuevo—. Entonces, ¿Necesitas un abrazo?

Si lo necesitaba, pero no estaba segura de aceptar, hasta que las lágrimas le ganaron y no tuvo más opción que aceptar con la cabeza y lanzarse a los brazos del chico. Él la recibió y la abrazó con consuelo sintiendo como comenzaba a llorar con intensidad en su hombro. Le dieron ganas de aprovechar y llorar junto a ella, pero tal vez convenía ser fuerte hasta que la chica estuviese bien.

Después de unos minutos, el llanto de Sofía se detuvo, ya solo descansaba en su hombro, intentando recuperar fuerzas y secar las lágrimas sobrantes. No podía creer que el abrazo de un desconocido la hiciera sentir bien antes de que acabara la noche.

—Gracias...

—Descuida —se separaron—. No me has dicho tu nombre.

—Sofía —sonrió.

—Oh... Pues yo soy Juan.

—Juan... Gracias —ambos se miraron satisfechos, especialmente Juan, que había logrado alegrar a Sofía y ya no había que preocuparse, tal vez ya era momento de irse...

—Hay no...—el rostro de Sofía cambió a un repentino gesto de preocupación.

— ¿Qué pasa?

—Comienzo a preocuparme por mi madre —intentó reír.

— ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Debía estar en casa desde las nueve. ¡Dios! Mira la hora... —revisó el reloj de manecillas en la muñeca de Juan—. ¡Van a ser las doce! —la preocupación alcanzó a Juan.

—Pues corre. Hasta te acompaño si quieres —se puso de pie y le ofreció la mano.

—No sé si me deje entrar ¿Sabes? —aun no confiaba por completo en él, seguía siendo un desconocido, pero lo bien que la había hecho sentir la animó a aceptar su mano y ponerse de pie.

— ¿Es estricta?

—Dejémoslo en que no es la primera vez.

—Bien... Te sigo.

No tenía mucho sentido que solo la siguiera, pero aceptó, se sentiría más segura.

Comenzó a correr por las calles vacías con Juan por detrás. Era bastante hábil, Juan apenas podía seguirle el paso por detrás. Sofía recordó su celular, debería encenderlo, pero ya estaba en camino como para detenerse a revisar la pantalla. Se preparó mentalmente para la pelea con su madre mientras corrían por la banqueta. Juan solo la observaba

intrigado.

Doblaron una calle a la derecha, siguieron unas cuantas hacia adelante, y después doblaron a la izquierda, de allí continuaron minutos corriendo recto hasta que por ultimo giraron de nuevo a la derecha. Sofía bajó la velocidad, lo cual significaba que ya estaban llegando. Caminaron agitados unos cuantos metros, hasta que Sofía se detuvo frente a una puerta acristalada de una casa mediana y confortable. Tocó el timbre mientras Juan esperaba detrás; ella solo esperaba que el chico fuera de ayuda.

Su madre se asomó y abrió la puerta con violencia; definitivamente no estaba de buen humor.

— ¡¿Qué horas son éstas de llegar?! —intimidó a Sofía, parecía que iba a golpearla.

—Lo siento... ¡Lo siento! No vi la hora...

— ¡Cállate! Es la tercera vez que me lo haces. ¡¿Crees que es divertido tenerme aquí preocupada mientras tú haces de las tuyas?! ¡¿Dónde estabas?!

Esa actitud molestó a Juan—. Disculpe, pero su hija no estaba haciendo nada indebido —habló con respeto pasando al frente.

— ¡¿Y quién eres tú?!

—Mamá... —intentó interrumpir sin éxito.

—Su hija estaba en un delirio deprimente, yo soy quien la ha ayudado a llegar a casa a salvo.

—Bien pues ya hiciste suficiente —ahora se dirigió a su hija—. ¡¿Crees que te mandas sola?! Si tanto lo ves así, bien. ¡Mándate sola!

—Oiga señora, no es necesario que...

—Tú no te metas, niño. Ve, Sofía. A ver si es cierto que tanto puedes sola. ¡Largo!

— ¡¿Qué?! ¡Mamá! ¡¿Qué estás diciendo?!

— ¡He dicho que largo! —siguió antes de que le contestara—. Y no se te ocurra volver si no es para disculparte, darme la razón y ayudarme en la casa como la hija que eres —aquellas palabras también afectaron a Juan.

— ¡Lo haré mamá! —le cerró la puerta frente a sus narices con un azote. Estaba furiosa, no la dejaría entrar en ese momento—. ¡Mamá! —comenzó

a golpear la puerta entrando en pánico.

Juan reaccionó, y acudió a Sofía—. Oye, oye... Calma. Déjalo —Juan la apartó tomándola del brazo hasta que se detuvo—. Vámonos, déjalo pasar un rato —se alejaron un poco de la puerta.

— ¡¿Qué?! ¡¿A dónde voy a ir?! ¡¿Qué hago?!

Juan se detuvo, esperó a que sus nervios bajaran un poco, y continuó—. ¿Sabes algo? A mí también me han echado... Aunque nos acabamos de conocer, y por más estúpido que suene, nos tenemos el uno al otro al menos hasta que tu madre lo deje pasar.

Eso sorprendió a Sofía. Lo pensó un poco, buscó otras posibilidades que pasar la noche con un desconocido, pero al no encontrar nada más, aceptó, esperando no equivocarse—. Bien...

—Sí, confía en mí. Vamos —la consoló tomándola de los hombros, y la dirigió por la calle comenzando a buscar un buen lugar donde pasar la noche sin peligro alguno. No sería nada agradable, pero Juan al menos quería encontrar un lugar cómodo, seguro y tranquilo.

Capítulo 2

Ya había amanecido, Juan abrió los ojos siendo atacado por la luz que alcanzaba a dar el Sol desde el cielo nublado; recuperó el sentido de la situación. Estaba recostado sobre el pasto corto del parque, su parque favorito, un sitio bastante amplio y verde, en verdad parecía un bosque al momento de entrar. Habían decidido pasar la noche en ese lugar, intentó llevar a la chica con alguna amiga o algún familiar, pero ella no dio otras opciones, y el mucho menos. Así que aunque era algo incómodo y vago, el parque había sido la opción perfecta para pasar la noche y calmar la situación junto a Sofía... Hablando de Sofía, ¿Dónde estaba? Al no verla frente a él, se dio la vuelta revolcándose en el pasto para buscarla y verla descansando, pero la encontró sentada sobre un pequeño tronco. Estaba de espaldas, al parecer movía algo sobre un tronco un poco más alto y desecho frente a ella. Se sentó para entender que hacía.

Sofía escuchó que Juan se había despertado, volteó para asegurarse, y al confirmarlo se sintió tranquila—. Ya despertaste.

— ¿Qué estás haciendo?

—Desayuno. —se hizo a un lado para mostrarle varias bolsas de frituras que tenía sobre el tronco mientras ella disfrutaba de unas papitas. Eso le causó gracia a Juan.

— ¿A eso le llamas desayuno?

—Bueno... No, pero creo que da muchas energías.

— ¿De dónde sacaste tantas?

—Oh, era lo que me sobraba del gasto para la escuela. Convencí al señor de que ya sabes... Redondeáramos precios.

— ¿De verdad?

—Sip —Sofía tomó una de las bolsas, se puso de pie y se la entregó a Juan.

—Vaya... Gracias.

—Creo que soy un poco adicta a estas cosas —rió mientras se sentaba junto a Juan.

—No era para tanto Sofía. Digo, ahora solo hablarás con tu madre y listo.

¿No?

—Tal vez —se pasó un bocado—, Pero de todas formas siempre quise sentir como si estuviera perdida o algo así —sonrieron.

—Ya te veo bien.

—Sí, ya me siento bien. Perdón pero soy un poco dramática —Juan se sorprendió de ver como la chica reía tanto a pesar de lo que le había sucedido—. Pero gracias por haber llegado así ayer, creo que si me sirvió.

—Si, a todos nos sirve de vez en cuando.

Le entró la duda de que le había sucedido a él, comenzando porque cuando lo conoció lo primero que vio fueron sus ojos rojizos, y también por su comentario sobre haber sido echado de su casa también—. ¿A ti porque te echaron? ¿También llegaste tarde? —en verdad era muy risueña.

—No —entre risas—, Discutí con mis padres, bueno... Siempre discutimos, pero esta vez fue un poco más fuerte y simplemente me corrieron.

— ¿Sobre qué discutieron?

—Pues, nunca estamos de acuerdo en nada, así que es fácil que exploten por cualquier cosa como una simple puerta o algo así.

— ¿En serio? ¿Y te corrieron así, sin más? Wow, tal vez tus padres y los míos se parecen en mucho.

—No lo creo. Yo digo que tu madre en verdad te quiere, solo fue un mal momento. De hecho, creo que a todos nos han corrido alguna vez de esa forma. Pero yo he decidido irme en verdad.

— ¿Irte de tu casa definitivamente? ¿Y a dónde irías?

—No lo sé. Pues ahora estoy a medio parque comiendo frituras como desayuno —bromeó, pero sintió que había sido ofensivo—. Pero gracias, saben bien, ¡Ya moría de hambre!

—Puf, me alegro. Vamos —terminó su ración, se puso de pie y arrojó la bolsa.

— ¡Oye! —llamó la atención de la chica—, Recógela.

Sofía dudó un momento, pero era obvio que no dejaría la basura en el pasto como si nada, menos cuando a Juan tampoco le agradaba—, Está bien, está bien —Se agachó un momento para recoger la bola de frituras,

la enrolló y se la guardó en el bolsillo.

Juan siguió con el dilema—. ¿Ya estás lista para ir con tu madre?

—Creo que sí —se acercó a guardar el resto de frituras que había dejado sobre el tronco. Después se acercó de nuevo a Juan para recoger del suelo su chamarra negra y delgada. Se la puso cubriendo su blusa y se estiró un poco. Juan también se puso de pie quitándose la tierra de encima.

—Pues vamos.

Ambos caminaron por el parque hasta llegar a la salida, ahí Sofía aguardó un momento para recordar la dirección de su casa, y continuaron.

Mientras caminaban pensaba el guión para su madre. Debía ser comprensible, pero tampoco dejarse ofender. Solo debía pedir disculpas y mostrarse arrepentida.

Después de unos minutos caminando llegaron a su casa, se detuvieron frente a la puerta, pero Juan prefirió esperar del otro lado de la calle recargado sobre una pared, esperando a ver como la recibían y entraba por fin contenta y segura, para que después él se marchara y comenzara a pensar que haría por su cuenta. Sofía tocó el timbre una vez y esperó; tras unos segundos su madre abrió la puerta amablemente, pero al ver que era ella cambió a disgusto. Juan observó y escuchó atento.

—Hola mamá.

— ¿Ya has vuelto, he?

—Sí.

— ¿Has aprendido la lección?

—Sí, he entendido.

—Me alegro. Ahora entra y compórtate, pero te advierto que una más de esas y te las verás bien conmigo.

—Sí. Pero he entendido lo que pasa y vengo por mis cosas —Juan puso más atención desde donde estaba.

— ¿Qué has dicho?

—Que me voy, mamá —entró a su casa evadiendo a la mujer, la cual se enfureció y entró detrás de ella gritando y olvidándose de cerrar la puerta. Aquello sorprendió a Juan, no contaba con que Sofía enfrentara a su madre y menos para irse de casa. ¿Qué rayos estaba haciendo? Esperó

atento para entender que sucedía.

Sofía entró a su recamara blanca donde se encontró con su prima Aurora, moviendo los botones del radio en el tocador. Sin pensarlo abrió el ropero que se hallaba al fondo y comenzó a arrojar ropa a la cama al azar—. ¿Sofía? ¿Qué estás haciendo?

—Calla.

Su madre entró alborotada—. ¡¿Qué estás haciendo, Sofía?!

—Me llevo mis cosas.

— ¡Tu no vas a ninguna parte! ¿Qué? ¡¿Ya te gustó la calle?!

—Mas que este lugar, si —cerró el mueble y empezó a escoger prendas del montón sobre la cama. Su madre se quedó callada un momento, se notaba que su enojo aumentaba cada vez más, solo estaba pensando que decir.

—Si es así, LARGATE. Si tanto te gusta mandarte sola, ¡Hazlo! Ya verás como regresas corriendo a pedir ayuda.

—Bien mamá —tomó dos o tres camisas, una chamarra, y unos pantalones, echó todo a una bolsa rápida a su lado y la amarró—. Dudo volver con alguien como tú.

Eso en verdad le dolió a la señora, pero ya no dijo nada más; Sofía dijo un “adiós Aurora” a su prima intentando ser firme, la señora dejó que saliera por la puerta y se quedó ahí de pie con un solo “Adiós” furioso. Su prima no entendía nada, también se quedó de pie, intentando entender.

Juan cruzó la calle cuando vio a Sofía salir furiosa con una pequeña bolsa de plástico. Azotó la puerta y se reunió con él.

— ¿Sofía? ¿Qué ha sido eso?

—Solo vámonos —intentó sonreír frente a Juan, pero el enojo no se lo permitió.

Juan le hizo caso, dio iniciativa y caminaron de vuelta al parque.

Capítulo 3

El cielo se oscureció. Sofía y Juan estaban de vuelta en el parque, sentados en el pasto bajo un árbol grande e imponente. Estaban lejos del flujo de personas, y el parque ya estaba cerrado, así que no podrían verlos tal como en la noche anterior.

—Nos va a llevar una patrulla en cuanto nos vean —bromeó Juan.

—Pues que nos lleven. En una celda si hace calor ¿No?

—Bueno no creo que nos metan a prisión por dormir en un lugar público.

—Yo digo que sí.

Ambos temblaban descontroladamente acurrucados bajo el gran árbol.

—Rayos... Hemos de estar a menos de diez grados.

—Si te creo —no parecía que Sofía estuviera interesada en charlar, tal vez estaba más concentrada en temblar y congelarse. Juan decidió ponerse serio y discutir con ella sobre su ida de casa.

—Oye, ¿Por qué te fuiste?

—Pues... No lo sé en verdad. Creo que me ayudaste a ver las cosas.

— ¿Qué? Yo solo intentaba animarte.

—Tú te has ido de tu casa, he hiciste bien. Me di cuenta de que no tenía sentido estar en esa casa con tantos problemas. Sentí que al menos podría irme un rato.

— ¿Estás segura? Es algo muy precipitado...

—No importa. Además, creo que hacemos un buen equipo —ambos sonrieron, hasta que Sofía notó que Juan se alborotaba mas en sus escalofríos, y era obvio, al menos ella tenía una chamarra, él apenas llevaba una playera ligera de mangas largas—. Pero que tonta soy, toma esto —se estiró para tomar la bolsa con ropa y sacó la chamarra gruesa y oscura—, Tapate un poco.

Juan no la aceptó—. ¿Qué? ¡No! Úsala tú.

—Yo si tengo con que taparme, vamos.

Lo pensó, pero no iba a dejar que la chica muriera de frío antes que él—. Que la uses tú —ambos se vieron indecisos—. Ya sé, dame la tuya, tu ponte la gruesa —eso sonaba mejor, y no era momento de discutir, así que se quitó la chamarra y se la entregó. Ambos se abrigaron controlando los temblores de sus músculos.

—Entonces... ¿Viviremos solo en las calles?

—Sí... Creo que así es.

—Tendremos que conseguir ropa, cobijo, comida, dinero...

—Bueno yo le he sacado 150 pesos a mi mamá de su bolsa antes de salirme.

— ¿Qué hiciste qué?

— ¡Lo siento! pero debía tomar algo. Y pues también me traje algo de ropa.

—Bueno... Pues veremos cuanto aguantamos con eso.

—Ya verás que encontraremos que hacer. Nos irá bien.

—Sí, esperemos que sí.

Quedaron callados un rato. El frío ya no les daba fuerzas para hablar fácilmente, comenzaban a ponerse pálidos e inmóviles; incluso parecía que ambos querían llorar.

—Deberíamos poner una fogata o algo así.

Sofía rió y pensó lo correcto—. No, se darían cuenta, y no quiero ir a prisión —juntos rieron de nuevo y se motivaron un poco más a charlar.

— ¿Sabes que aprendí en la escuela, Sofí?

— ¿Qué?

-Cuando temblamos por el frío, en realidad lo que pasa es que los músculos comienzan a vibrar para generar calor.

— ¿En serio? Pues no se qué tan efectivo sea.

—Bueno pues es interesante —Sofía se dio cuenta de las intenciones de Juan, solo intentaba distraerse para no llorar, sus lágrimas ya estaban surgiendo en sus ojos. Se lanzó a abrazarlo envolviéndolo con fuerza y

recargándose en su pecho cómodamente.

—Oye, no te preocupes, vamos a estar bien —él le creyó fácilmente—. Debemos dormir.

Juan también la encerró entre sus brazos y ambos se deslizaron un poco más hacia la tierra para acomodarse, cerrar los ojos e intentar descansar en medio del frío.

Al día siguiente, Juan despertó primero, sintió como Sofía aún estaba acostada sobre su pecho, así que procuró no moverse demasiado. Era extraño, apenas llevaba dos días de conocerla, y hasta comenzaba a tomarle cariño y sentirse bien por tenerla descansando casi encima. Abrió bien los ojos tallándose con las manos, y vio a un hombre parado frente a ellos, saltó de la sorpresa, inspeccionó al sujeto de pies a cabeza y supo que era un policía.

— ¿Ya han descansado suficiente, jóvenes?

Juan agitó a Sofía para despertarla y comenzó a ponerse de pie sosteniéndola en el suelo hasta que despertara por completo.

—He... Lo sentimos... ¡Lo sentimos!

—Lo que pasa es que no pueden estar aquí, van a tener que venir conmigo.

— ¿Qué? No, ya nos íbamos —Sofía ya se ponía de pie, no hizo falta estirarse, ver a un policía discutiendo con Juan la alarmó de inmediato.

—Sí pero no les estoy preguntando, vénganse —se mostró rudo, aunque su baja estatura y complexión gorda no servían de nada.

—Por favor, ya nos vamos. Solo déjenos ir y no nos volverá a ver por aquí —Sofía solo escuchaba. El policía lo pensó un poco, era su deber, pero no quería tener un peso encima. Después de unas cuantas miradas mientras se lo pensaba aceptó.

—Pues... Ya váyanse. Largo.

Accedieron, Sofía recogió su bolsa, Juan la tomó del brazo y se alejaron rápidamente hacia la salida del parque.

—No puedo creer que casi nos llevara un policía —dijo Sofía cuando ya

salían del parque, con un poco de diversión.

Juan no dijo nada, solo sonrió un poco, nervioso por la situación. Después de un poco de silencio, Sofía dio una nueva iniciativa.

— ¿Ahora qué vamos a hacer? —se puso un poco nerviosa junto a Juan. Se mezclaron entre la gente estorbando al centro de la gigantesca puerta principal,

—No lo sé... —Juan notó que estaban entrando un poco en pánico. Eso no era nada bueno—. Oye, oye —la tomó de los hombros—, tranquila, estamos bien. No pasa nada, ¿O pasa algo?

—Bueno... Si ignoramos que estamos en la calle y casi nos lleva un policía, no, no pasa nada... —se desanimó

—Estar en la calle fue nuestra decisión, y podemos con ella. Tu tranquila —acarició sus hombros dándole consuelo.

—Si... Si.

—Calma... Ahora... Tenemos que hacer algo.

— ¿Qué? ¿Cómo... ¿Como qué?

—Hay que robar bancos —bromeó.

—Que tonto —Juan se sintió bien de haberle sacado una sonrisa.

—Vamos —ambos caminaron por la calle pensando en que hacer. El día estaba bastante nublado, más que el día anterior. No daban ganas de hacer absolutamente nada, pero no había más remedio

—Creo que para empezar deberíamos aprovechar tu dinero.

—Si... ¿Qué quieres comer?

— ¡No! Con comida no.

— ¿Qué? ¿Entonces?

—Podemos comprar cosas... Y volver a venderlas

—Mmm, ¿Duplicar dinero?

— ¡Sí! Podemos comprar alguna golosina y venderla.

— Pues... Es raro, pero por que no.

—Pues vamos.

—Espero que funcione.

Se dirigieron a una tienda común, entraron inspeccionando todo lo que podrían comprar, hasta que se decidieron por dos cajas de chicles, y dos de cigarrillos. Tuvieron que discutir un poco con el vendedor, hasta que lo convencieron de que en verdad era para venderlo todo, y aceptó de mala gana. El dinero les había alcanzado muy justo, así que solo esperaban tener éxito y poder duplicarlo.

Un poco apenados, caminaron por las calles buscando la avenida perfecta para comenzar a vender. Se detuvieron frente a una avenida angosta y bastante concurrida, ese sería un buen lugar para conseguir ventas, especialmente con fumadores.

— ¿Estás lista? —Juan la motivaba.

—Sí, creo que sí.

—Va, sin pensarlo, cuando el semáforo esté en rojo.

Sofía estaba nerviosa. Daba un poco de vergüenza ver como de un día para otro ya estaba en la calle vendiendo porquerías para conseguir dinero; podría ser incómodo, pero quizá en un futuro valdría la pena.

— ¡Ahora! —el grito de Juan la alarmó; la jaló del brazo y la dirigió hacia el centro de la avenida mientras los coches se detenían detrás de la cebra. Cada uno tomó una caja de chicles y una de cigarrillos, se separaron y caminaron por las hileras de coches, dudando gritar y ofrecer sus productos. Un hombre se asomó de su camioneta, y notó la timides de Juan, así que sintiendo un poco de lástima, lo llamó. Juan corrió hasta él.

—Hola joven. Dame uno de esos cigarrillos

—Si... Claro —sacó uno de los cigarrillos y se lo entregó por la ventanilla de la gran camioneta negra.

—Pídele un chicle, cariño —Dijo la mujer que se encontraba de copiloto en la camioneta.

No fue necesario repetirlo, Juan había escuchada, así que también le entregó un chicle rápidamente.

— ¿Cuánto te debo? —comenzó a encender el cigarrillo.

—Seis... Seis pesos señor.

—Toma —se los entregó como si nada. Juan agradeció con la mirada, le cerraron la ventanilla, y el verde del semáforo volvió. Juan se apresuró a correr de regreso a la banqueta reuniéndose con Sofía.

— ¿Qué tal estuvo? —preguntó Juan.

—Bien... Creo, bueno, nadie me compró.

— ¡A mí sí! Ya tenemos seis pesos más.

— ¿Te compraron? —se sorprendió

— ¡Sí! Ya es algo bueno.

—Si... Supongo.

Notó su poco entusiasmo en la situación—. Oh vamos, esto saldrá bien —el semáforo volvió al rojo rápidamente—, ¡Vamos! —La tomó del brazo nuevamente para correr hacia los coches y continuar con sus ventas.

Así se mantuvieron por un rato, ofreciendo a los conductores un poco de chicles o cigarrillos. No estaban teniendo mucho éxito, con mucha suerte solo una persona les llamaba para comprar cada 5 veces que cambiaban las luces del semáforo. Sofía ya no tenía mucho entusiasmo para hacer eso; era extraño que unos días antes ella estuviera disfrutando de una confortable casa, y ahora estuviera en una avenida estafando a gente con cigarrillos de cinco pesos, todo por conseguir dinero que ni siquiera sabría en que utilizar; pero si no fuera por Juan, ella ya se hubiera echado a correr lo más lejos posible de la situación, Juan la mantenía activa y con los ánimos en alto.

Después de estar bastante tiempo del día así, ya casi para anochecer, no soportaron más y se retiraron. Se reunieron en la banqueta y estuvieron de acuerdo en irse y descansar donde pudiesen.

— ¿Cuánto tenemos? —Preguntó Sofía, exhausta.

—Pues... Yo tengo setenta pesos.

— ¡Bien! Yo tengo ochenta.

—Entonces en total juntamos... —reunieron todo el dinero, incluyendo lo que les sobró por comprar las cajas. Quedaron decepcionados—, 156

pesos...

— ¿De verdad? ¿Solo aumentamos 6 pesos?

—Rayos...

—Creo que no era buena idea.

—Calma, buscaremos algo más que hacer mañana... Solo, vamos a descansar.

— ¿A dónde?

—Tú sígueme —tomó a Sofi de la mano y la llevó con él. En realidad no sabía a dónde ir, pero quizá mientras caminaran se les ocurriría un buen lugar para descansar sin importar que tan cómodo fuera, ellos solo querían relajar sus pies y dormir un poco.

Era un nuevo día. Después de haber buscado un lugar por horas el día anterior, terminaron durmiendo por relevos en un pequeño parque de un camellón. Ambos se habían despertado casi sin ganas, decepcionados de si mismos, pero no tenían otra opción que seguir buscando algo bueno que hacer. Juan, como siempre, dio la positiva iniciativa poniendo a Sofi de pie.

— ¡Vamos! ¡Tenemos que hacer algo! —la ayudó a ponerse de pie.

Ella reaccionó con pocas ganas, pero el entusiasmo de Juan la contagiaba poco a poco—. ¿Qué quieres hacer? —se talló los ojos aún con sueño.

—Lo que sea, no sé, piensa, algo productivo.

—Dormir —bromeó.

Juan rió un poco—. Algo MÁS productivo.

—Mmmmm no sé... Hacer reír, ayudar a cruzar la calle, hacer bromas.

— ¡Ya sé!

— ¡¿Qué?!

—Podemos lavar autos.

Sofi no se esperaba esa idea—. ¿Lavar autos?

—Si... No puede ser tan malo.

Era una idea aún más loca que la del día anterior, y quizá más vergonzosa y deprimente—. No lo sé...

—Vamos, al menos hay que intentarlo.

— ¿Seguro? Es raro pensar que nos vamos a poner a lavar coches...

—Confía en mí, nos irá bien —tal vez Juan sabía que eso no era cierto, pero aún así uno de los dos debía mantener el entusiasmo siempre, y le tocaba a él.

—Bien... ¿Qué hacemos?

—Mmmm... Comprar, sí, vamos a comprar todo para lavar.

Sofi aceptó y lo siguió.

Se dirigieron a una tienda de abarrotes, donde usaron el dinero que tenían para comprar trapos, cubetas, garrafones de agua, y jabón.

Pensaron un momento como hacerlo; primero, la opción más obvia era pararse en alguna avenida y limpiar los parabrisas de los coches que se detuvieran, pero eso era algo molesto y peligroso, ya no se pararían en una avenida de nuevo para terminar decepcionados. Después, pensaron en tomar algún sitio apartado junto alguna avenida para establecerse y llamar a los coches para lavarlos por completo. Esa había sido una buena idea; compraron algunas cartulinas, plumones y otros materiales para hacer carteles y señales con el dinero que les sobraba, y convenciendo a la mujer que los atendió en la papelería de que les dejara pasar unos cuantos (muchos) pesos.

Caminaron un poco buscando el lugar ideal, hasta que encontraron una zona verde, con un pequeño camino incompleto que conectaba con una avenida. Ese sitio estaba muy bien. Descansaron ahí, soltaron los materiales y se prepararon. Sofía se encargó de hacer los carteles con creatividad y atracción, mientras Juan preparaba la mezcla en las cubetas y los trapos para lavar.

Pegaron cartulinas en los postes a la entrada del camino de tierra con anuncios como "Auto-Lavado" "Limpie su carro fácil y rápido" "Solo deje su propina" "Auto-Lavado aquí". Estaban bastante atractivos y coloridos, de alguna u otra forma deberían de traer autos. Aunque solo contaban con cubetas y trapos, esperaron que fuera suficiente para trabajar y conseguir

algo de dinero sin causar molestias a la gente.

Esperaron sentados a un lado dejando las cosas en el centro para indicar que allí sería el lavado; pero ningún automóvil se acercaba. Mientras, en el caso de Sofía, se pensaba como es que ahora se encontraba en ese lugar esperando a lavar un coche en medio de un día frío y nublado, con un gran chico al que tenía tres días de conocer; era algo incómodo, pero no tenía otra opción, si en verdad quería irse de casa y progresar debía comenzar por algo. Tal vez así llegara a tener cada vez más y las cosas mejorarían. Esperaron una hora, ansiosos, comenzando a decepcionarse, hasta que el primer auto dio la vuelta y avanzó por el camino de tierra hasta llegar a su lado.

Ambos se acercaron a la ventana del conductor—. ¿Ustedes limpian coches?

—Sí señor.

— ¿De verdad? —no le daba confianza.

—Sí, confíe en nosotros, vamos.

El señor aceptó, cerró su ventanilla y esperó. Los chicos mojaron sus trapos y comenzaron a lavar el auto echándole algunos golpes de agua, revolviendo el jabón y pasando los trapos por el acero rojo. Se concentraron en ello intentando impresionar al señor, hasta que en quince minutos terminaron y secaron fácilmente.

Volvieron a un lado del hombre.

— ¿Ya está?

—Sí —esperaron su pago.

—Está bien, gracias chicos —les entregó unas monedas, se hizo un poco de reversa, dio la vuelta y se marchó.

Revisaron la cantidad—. ¿En serio? ¿Solo cinco pesos? —se decepcionaron.

—Sí. No importa —sus ojos brillaron cuando un nuevo coche dio la vuelta. Eso los animó bastante.

— ¡Lo ves! Si funciona. ¡Vamos!

Se pusieron a limpiar el siguiente auto con más entusiasmo, y mientras trabajaban, dos coches más llegaron en espera. No contaban con que resultara de esa forma. Mientras lavaban el momento comenzó a ser

divertido. Jugaban con el agua y el jabón, claro, intentando no desperdiciar lo poco que tenían. Se mojaron bastante, aunque los conductores se molestaban un poco, ellos continuaban y en quince minutos terminaban. Después de dos autos mas Juan corrió por agua mientras Sofía seguía lavando.

Así estuvieron todo el día, lavando y jugando. Juan se ponía más alegre mientras más veía reír a Sofía, quizá eso le ayudaba a seguir; y Sofía por igual, estaba disfrutando de todo, no se arrepentía de aquella decisión de lavar autos. Los coches llegaban constantemente, y a ratos volvía a quedarse solo. Todo corrió bien hasta que dieron las ocho de la tarde y decidieron parar.

Acomodaron las cubetas y secaron los trapos, sin antes quitar los letreros para evitar que más coches llegaran repentinamente.

—Y bien, ¿Cuánto hemos juntado?

—No mucho sinceramente —Juan sacó el dinero de su bolsillo.

—Déjame ver —se acercó e intentó contar las monedas y un billete en sus manos.

—Son ciento ochenta.

— ¡¿De verdad?! ¿Y dices poco? —ambos rieron alegres del éxito. Con esos ciento ochenta pesos ya era más que suficiente. Si al siguiente día volvían a trabajar podría irles incluso mejor.

—Fue divertido.

—Sí, valió la pena —Sofía tomó algunas cosas del suelo con iniciativa—. ¿Y ahora qué?

— ¿Qué?

— ¿Qué hacemos?

—Oh... Volver al parque —Juan tomó el resto de las cosas.

— ¿Al parque? ¡No! Estás loco.

—Confía en mí. No nos dirán nada, no pienso hacer que durmamos en una incómoda banqueta de nuevo. Conozco un puente donde no se darán cuenta, al menos vamos ahí.

— ¿Estás seguro?

— ¡Sí! Vamos, conozco ese parque más que la palma de mi mano.

Sofía no tenía otras opciones, más que volver a brincar las bardas del parque y esconderse a dormir; así que volvió a aceptar. Quizá solo haría falta una noche más y listo, luego encontrarían un lugar mejor.

Volvieron al parque. Juan puso sus manos para que la chica se impulsara, alcanzara la barda y trepara hasta brincar al otro lado; enseguida Juan trepó por sí mismo y saltó a su lado. La llevó hacía un puente de concreto que saltaba un camino abandonado del parque y continuaba por arriba, un pequeño lago a su lado cubría su presencia, pues ya nadie lo usaba más que para cruzar por arriba de vez en cuando. Estaba muy bien para pasar la noche, y tal vez los cubriría mas del frio.

Ambos se acomodaron en las paredes del puente, recostándose cerca del pequeño lago que los escondía con un pasto largo y flores extensas.

Sofía soltó un estornudo agudo y sencillo.

—Vaya, no parece un simple estornudo —dijo Juan, alarmándose de la salud de Sofía.

— ¿Qué? —volvió a estornudar.

—Lo ves.

—Genial, no me digas que ahora necesitamos medicinas.

—Tal vez si...

Ella volvió a estornudar—. Aguarda. No, creo que lo que necesito es cambiarme —mostró su ropa sucia y húmeda

— ¿Dónde piensas hacer eso?

—Mmmm... Voltéate.

— ¿Cómo dices?

—Sí, tú voltéate —Sofía sacó un nuevo conjunto de su bolsa con ropa, una blusa gruesa de color negro y un pantalón de mezclilla. Juan le dio la espalda sorprendido de que se fuese a vestir allí—. No mires —se puso de pie y comenzó por quitarse la blusa. Juan no pudo evitarlo, volteó con un poco de curiosidad—. ¡Hey! ¡No mires!

Le pareció un cuerpo bastante bonito—. ¿Has traído ropa interior? —se rió emitiendo confianza.

— ¿He? No, no lo pensé —se terminó de poner el nuevo pantalón y la blusa, tomó la misma chamarra gruesa del suelo y se la puso—. Ya está —Juan volvió a acomodarse y se sentaron juntos—. Siento no haberte traído ropa a ti pero ni siquiera las camisas de mi padre te hubiesen quedado.

Juan sintió ganas de abrazarla y acurrucarse. Le ofreció los brazos. Ella sonrió y aceptó arrojarse a ellos y entrelazarse para darse calor y poder dormir.

—Gracias Juan.

—Gracias Sofí.

Ambos cerraron los ojos y comenzaron a dormir esta vez un poco mas cubiertos contra el frío. Lo estaban llevando bien, solo debían juntar más dinero y dar un paso más. Y así, vivir día tras día, hasta que fuera suficiente de estar así. Ambos podían tener la opción de volver a casa y solucionar las cosas de alguna forma u otra, pero se negaban, estaban dispuestos a hacerlo por su cuenta, y no volver a los viejos problemas. Sentían que incluso estando en esa situación por lo menos eran más felices que en sus hogares.

Así se mantuvieron los dos jóvenes. Trabajaban durante el día lavando automóviles en aquel rincón, compraban algo de comida una sola vez en 24 horas, y llegaban a dormir al puente. Comenzaban a acostumbrarse al frío. Sofía se enfermó levemente pero eso no les dio inconvenientes, podían seguir sin problemas. Juan la cuidaba, y ahora Sofía lo animaba, hacían el equipo ideal para seguir adelante. La diversión en el semi Auto-Lavado continuó durante casi tres semanas. Al principio lo más que lograron ganar fueron ciento cincuenta pesos, pero con más días, llegaron a los doscientos, y los últimos, incluso a los trescientos.; sin tomar en cuenta que tenían que volver a comprar agua jabón, y algo de comida. La estancia en el parque se mantenía. De vez en cuando paseaban por las calles en busca de suerte, como encontrar algo entretenido o importante o simplemente encontrar algo que hacer. Lo único que les faltaba era conseguir ropa nueva, pero eso ya era más complicado, no podían malgastar en ropa. Así que se mantuvieron de esa forma.

Hasta que un día las cosas cambiaron de golpe. Mientras atendían una fila de tres coches esperando para ser limpiados, el dueño de uno de ellos se acercó y habló con ellos. Les lanzó un interrogatorio sobre que hacían ahí, para qué, quienes eran, cuantos años tenían, donde vivían, y muchas

cosas más, mostrando lástima por ellos. Fue bastante amigable, valió la pena soportar el interrogatorio, pues enseguida les dio una sonrisa, y sacó unos billetes de su cartera. Juan los recibió sin dudarlo y ambos los inspeccionaron... ¡Eran dos billetes de mil pesos! Le agradecieron una y otra vez, sin creérselo. El elegante señor no aceptaba agradecimientos, en verdad se había sentido orgulloso de ellos con tan solo verlos trabajar de esa forma, sin ropa limpia, sin comida, y en medio de un día con brisa cayendo de las oscuras nubes, y a pesar de todo se divertían. Fue la oportunidad perfecta, pero no iban a parar, juntarían todo el dinero posible al menos durante ese día, y buscarían algo nuevo para salir adelante. El señor se despidió, satisfecho, y ellos continuaron motivados por la recompensa. Quién sabe, quizá llegara alguien más y les diera una cantidad parecida.

Al caer la noche de ese mismo día, las gotas de lluvia comenzaron a bajar intensamente desde las nubes empapándolo todo. Los chicos ya no se preocuparon por proteger sus materiales, sería la última vez que lavarían autos. Juguetearon y disfrutaron de la fresca lluvia hasta llegar al parque y brincar la barda. Se refugiaron inmediatamente bajo el mismo puente dejando caer todas las cosas del lavado y secándose un poco del agua mientras se acurrucaban en el piso.

—Cielos, cada vez hace más frío —dijo Sofía mientras sacudía su pelo hacía adelante. Era verdad, desde que la lluvia se desató la temperatura comenzaba a bajar constantemente.

—Si... Un día de estos nos dará pulmonía.

Varias ráfagas de viento comenzaron a sacudir todo el lugar, las gotas de lluvia se convirtieron en pequeños trozos de granizo que azotaban todo a su paso.

—Rayos, esto se pone peor —el granizo lograba alcanzarlos y darles unos cuantos golpes. Intentaron arrinconarse lo mejor posible para no ser afectados, y se quedaron admirando como todo quedaba nublado entre el granizo y el vapor helado que creaba desde el suelo.

De pronto, el golpeteo del granizo dejó de sonar tan feroz, el frío aumentó aun mucho más, los chicos se pusieron helados y morados casi de inmediato sin poder hacer nada con el frío. Los pequeños trozos congelados pasaron a ser cientos de puntos blancos que caían cada vez con menos velocidad, llenando de color blanco todo el suelo.

— ¿Nieve? ¿En serio eso es nieve? —estaban impactados, apreciando por primera vez como nevaba justo frente a ellos.

La gran lluvia se detuvo, ahora solo quedaban los restos de nieve descendiendo en montones. Sofía se separó de Juan y se acercó gateando

fuera del techo que les brindaba el puente, intentando acercarse a la nieve—. No lo puedo creer... —la tocó suavemente, la manoseó un poco y se volvió hacia Juan—. ¡Juan! ¡Es nieve! —Juan se echó a correr a su lado, y juntos, sin importar sus fuerzas nulas ante el frío, se pararon bajo la nieve para disfrutarla y apreciarla mejor. Era real, estaban bajo una ráfaga de nieve que caía sobre la ciudad. Rápidamente también terminaron cubiertos de la bella y blanca capa.

— ¿Cómo es que está nevando en la ciudad? ¡Es increíble!

— ¡Sí!

Ambos comenzaron a reír y a jugar con ella, dejándola caer por todo su cuerpo mientras daban vueltas y vueltas. En cuanto la nieve dejó una extensa capa en el suelo, aprovecharon para tomar unos bultos y formar bolas de nieve. Se miraron juguetones, y Juan fue el primero en arrojarle una bola que se estampó contra su hombro, ella contra atacó y ambos corrieron esquivando más bolas de nieve que hacían durante su juego. Así estuvieron, divirtiéndose como no lo hacían desde hace mucho tiempo. Juan se detuvo y dejó el juego mirando hacia el cielo intentando no ser cegado por la nieve; Sofía intentó seguir su mirada pero no entendía lo que Juan admiraba de tal forma, casi con la boca abierta. Hasta que estiró la mano, y dejó caer un trozo de hielo en su mano; se acercó a Sofía y se lo mostró con sumo cuidado.

—Mira... Es un copo de nieve.

—Wow... —Juan dejó el copo sobre las manos de Sofía, y juntos lo admiraron—. Es hermoso.

—Sí, me encantó. Sabías que ¿La forma de los copos de nieve depende de la temperatura que cambie en el momento?

— ¿De verdad? Qué hermoso —ambos se quedaron atontados viendo el copo un momento. Su forma era hexagonal, con un círculo en el centro, y varias ramas que se desprendían de cada uno de sus lados terminando con una curva en forma de ancla que parecían unir todas las ramas.

— ¿Sabes qué más? Yo creo que nosotros hemos llegado hasta este momento gracias a la situación que vivimos cada uno, así como el copo.

—Si... Es verdad —le devolvió una linda sonrisa.

—Sofía... También creo que, estamos aquí, sonriendo, jugando, luchando, siendo libres, disfrutando incluso de nieve, gracias al amor que fue creándose entre nosotros.

Sofía lo vio perdidamente a los ojos. Ni siquiera Juan esperaba decírselo, solo lo dejó salir, expresando todo el cariño que había sentido en casi un mes. Ahora no sabía si era una buena idea haberle confesado su amor en ese momento y de esa forma.

—Juan... Si te creo. Algo a pasado entre nosotros todo este tiempo —eso le sacó una enorme sonrisa a Juan—, Creo que es amor.

Ambos pusieron sus manos bajo el copo de nieve, cuidando de que no se derritiera y siguiera con ellos.

—Yo... Creo que sería genial si fuéramos más que un equipo...

— ¿Cómo...? —le dio ánimos de terminar la frase.

—Como novios —se sonrojó. Sofía sonrió enormemente, pensando que responder, y finalmente aceptó “Si, seámoslo” Ambos se abrazaron con fuerza en medio de la nevada. Estuvieron así durante vario tiempo, como si el abrazo los dejara transmitirse todo el cariño que habían guardado. Hasta que se separaron.

—Se está derritiendo —volvieron a ver el copo en la mano de Sofía, que empezaba a hacerse agua lentamente. De todas formas, sus sonrisas ya eran imborrables. Hasta se habían olvidado del frio por completo.

—No importa, es como el comienzo —antes de que ella pudiera decir algo mas, Juan se lanzó a darle un beso en los labios, duró segundos, más porque el frio los obligó a dejarlos pegados un momento, y se separaron. Sofía rió de alegría, se agachó por un tramo de nieve y la embarró en la cara de Juan retándolo a continuar con el juego, él le siguió y retrocedió para comenzar a hacer bolas y volver a la guerra de nieve que habían comenzado hace ya un rato; manteniéndose así, disfrutando y jugando con la nieve hasta horas de la madrugada, como no lo habían hecho nunca. Era la primera vez que nevaba en la ciudad, y sería la tormenta más especial, la tormenta donde comenzaron a ser novios. Probablemente nunca volvería a suceder.

Capítulo 4

Sofi estaba recostada sobre la cómoda y cálida cama matrimonial de su habitación. Admiraba su colgante mientras lo sostenía con su mano, viéndolo atentamente. Era un copo de nieve de plata, con un tamaño pequeño pero ideal. Mientras lo veía, recordaba el momento en que comenzó a portarlo:

Era el cumpleaños número 17 de Sofi, y junto a Juan, descansaba en un pequeño apartamento de dos habitaciones mientras trabajaban en el centro comercial. Aquel día Juan se empeñó en buscar el regalo perfecto y gastarse algunos cuantos ahorros sin importar lo escasos que estaban. Encontró el ideal en una joyería de confianza, donde mandó a hacer especialmente los copos. Ese era el regalo ideal para ambos, era como la representación de su relación, algo que los mantenía unidos. Aquella noche volvió al departamento, Sofi descansaba en el pequeño sofá viejo, agotada después de un día pesado y nada agradable como para ser su cumpleaños, pero Juan le alegró el día entregándole su regalo. Desde ese momento ninguno se mantiene sin el colgante.

En ese momento, mientras ella admiraba su copo, seguramente Juan estaba en su cuarto, bañándose o algo por el estilo. Claro, cada uno tenía cuartos independientes, todavía eran demasiado jóvenes como para vivir como esposos tal como se arriesgaron cuando se refugiaron en el departamento.

"¡Hora de comer!" Gritaron desde el comedor en el piso de abajo. Era su hora favorita. Y no era de extrañarse después de no haber comido bien durante tanto tiempo en la calle. Guardó su copo y se apresuró a salir de su cuarto y bajar las escaleras que daban vuelta por la pared hasta llegar abajo, caminó al comedor al fondo a la izquierda y se reunió con el resto, a excepción de Juan, que aun no llegaba a la mesa.

Sofi se sentó esperando su plato junto a Lucía, La mujer de la casa, mientras veían como Alan servía el desayuno. "Alan, mi ídolo" pensó mientras lo veía. Alan era el ser más cercano y confiado que tenían ella y Juan. Era el mismo hombre que les dio dos mil pesos en el semi Auto-Lavado. Un día, el día que menos se lo esperaban, Alan llegó de compras al centro comercial donde ellos trabajaban, y tuvieron la coincidencia de ser quienes lo atendieron en la caja. Él los reconoció, y los saludó con gusto y sorpresa. Después, les pidió ir a comer otro día. Ellos no querían aceptar, ni siquiera lo conocían bien, apenas les había dicho su nombre, pero considerándolo bien, aceptaron. Corrieron cualquier riesgo de ir a comer con un desconocido que al fin y al cabo les había dado dinero. Se quedaron de ver dos días después en un restaurante que ellos ni siquiera conocían. Era bastante elegante y al aire libre. Dieron vueltas entre los pasillos de mesas hasta que encontraron a Alan portando un traje

bastante elegante. Saludaron, y se sentaron a su lado. Todos los veían extraño, por sus ropajes sucios y desarreglados; pero Alan no, Alan estaba encantado de tenerlos allí con él, comiendo cómodamente. Les dio una propuesta bastante tentadora. Consistía simplemente en vivir con él y su esposa, en una casa grande, hermosa y reconfortante. No era ninguna clase de contratación como asistentes o algo por el estilo, tan solo les ofreció un hogar. Ellos no podían rechazar algo así, era su oportunidad para vivir con normalidad y reponerse un poco. Aceptaron, y fue la mejor decisión que pudieron tomar. Alan y su esposa, Lucía, los recibieron y los abrigaron muy bien. Les dieron ropa, los alimentaban, les dieron un cuarto propio, libertad y privacidad, siempre y cuando también se comportaran como parte de la familia y ayudaran en casa de vez en cuando. A Sofi eso le sonaba como a un hijo. Alan en verdad los trataba como si fuesen su familia, y no entendían porque, pero sin duda era un hombre de buen corazón, sin mencionar a Lucía, que era la mujer más linda que podían conocer.

Juan al fin llegó al extenso comedor blanco y decorado y se sentó a un lado de Sofi mientras Alan ya ponía los platos y tomaba su lugar. Todos tomaron sus cubiertos y comenzaron a comer.

—Es carne bañada en crema de piña. Así que espero que les guste, es la primera vez que la hago —se rió. Los muchachos probaron el primer trozo, y les supo delicioso.

— ¡Está delicioso, Alan!

— ¡Uf! Gracias, menos mal —era bastante positivo y carismático, se llevaba bien con los chicos, especialmente con Sofi.

Siguieron comiendo mientras la pareja de esposos platicaban de sus asuntos; no les importaba, podían hablar en voz alta, ya estaban en confianza. Era un ambiente bastante agradable, todos podían charlar, opinar, reír... De todo.

Juan y Sofi solo se intercambiaban una sonrisa de vez en cuando mientras comían. Ambos estaban apegados a las reglas de casa, como por ejemplo: Respetar a la hora de la comida, ayudar en la limpieza, mantener orden lo mejor posible, no usar los móviles si no era en tiempo libre o por alguna emergencia, y no llegar a casa después de las once.

Ya estaban terminando sus aperitivos. Alan les acercó un segundo plato a cada uno con un trozo de pastel de chocolate—. Sé que no siempre hacemos postre, pero hoy pasé por la repostería y no se me hizo mala idea —comenzaron a comer el pastel con gusto.

— ¿No irás a trabajar hoy, Juan? —preguntó Lucía.

—Si... Solo que hoy entro hasta las tres, pero sí —fue lo único. Juan había conseguido un trabajo gracias a Alan. Ayudaba como telefonista en las mismas oficinas de la empresa donde Alan ayudaba como un gran y exitoso empresario. Su sueldo era suficiente para sí mismo y Sofi, pero la intención era ahorrar lo suficiente para que cuando los chicos estuvieran listos, se mudaran y comenzaran sus propias vidas.

—Provecho. Supo delicioso —Juan se retiró de la mesa y llevó el plato al fregadero escuchando como todos respondían el buen provecho.

Alan esperó a que Juan subiera las escaleras, y cuando dejó de escuchar sus pasos, habló—. Sofi, tú y yo debemos hablar.

— ¿Qué? ¿Sobre qué?

—Ya lo verás. No, tranquila no pongas esa cara, no es nada malo.

—Está bien, en un rato —la sonrisa que ponía Lucía mientras los veía hablar le transmitía calma. Terminó su plato y se retiró de la mesa deseando provecho. Subió al segundo piso y se dirigió al cuarto de Juan.

El chico se preparaba para ir al trabajo, se puso su camisa blanca y escogió una corbata color lila. Lo formal ya iba bien con su estilo, así que no se quejaba de la obligatoria vestimenta del trabajo, para él mejor. Se puso frente al espejo para poder ver mejor como hacer el nudo esperando para abrocharse los botones de la camisa. Sofía entró por la puerta con calma.

— ¿Ya te vas?

—Si... Ni un minuto tarde —estaba motivado. Respondió sin dejar de verse al espejo.

—Que puntual. Pero deberías quedarte —bromeó mientras lo abrazaba por detrás acariciando su pecho.

—No, ni loco, debo llegar. Además hoy toca mi pago. ¿Para qué me quedaría?

— ¿Qué para qué? Pues... Podríamos salir, pasear un rato... No lo sé, hacer algo —le ayudó a terminar de acomodar la corbata, y lo soltó.

—Me encantaría, pero sabes que no puedo. El día que descanse con gusto vamos a cenar a donde tú quieras ¿Sale?

—Bueno —le sonrió falsamente—. De todas formas, hoy saldré con mi prima.

— ¿Quién? ¿Aurora de la que me has contado tanto? —se acercó a acomodar su mochila en la cama mientras la escuchaba.

—Sí, hace mucho que no la veo.

— ¡Que genial! ¿Cómo la contactaste?

—Facebook bobo, al fin la encontré y ya quedamos de vernos.

— ¡Pues está muy bien! —tomó su mochila listo para irse, pero se detuvo—. Y... ¿No te ha dicho nada de tus padres?

—No, hasta ahora no, tal vez le pregunte un poco al rato.

—Está bien. Debo irme, diviértete —se salió de la habitación apresurado sin darle tiempo a Sofi de responderle “adiós” a los ojos.

Sofi sintió que algo había faltado... Si, por supuesto, tan siquiera un beso de despedida. Pensándolo bien, llevaba unos cuantos días sin haberlo besado, que decepción. Hace mucho que no se trataban con algo de cariño, al menos de parte de Juan.

Se quedó sentada en la cama de Juan apreciando un momento su habitación mientras pensaba. Recordó que Alan le había pedido hablar, y que se esperó a que Juan no estuviera para decírselo, tal vez no quería que éste se enterara. Se llenó de curiosidad, así que aprovechó que su chico ya se había ido para volver abajo y buscar charlar con Alan.

Cuando bajó vio la cabeza del hombre asomándose del sofá de la sala, que estaba a un lado de la entrada principal. Se acercó para sentarse a su lado. Él estaba leyendo el periódico, parecía concentrado, le dio pena interrumpirlo.

—Alan —tomó asiento.

—Oh ¡Sofi! —dejó el periódico a un lado de inmediato.

—Mmm... ¿Querías hablar de algo?

—Oh, sí que quiero hablar de algo.

— ¿Qué pasa? —comenzó a darle miedo que se tratase de algo malo.

—Pues, he notado algo muy extraño entre tú y Juan.

Por supuesto, se trataba de Juan—. ¿Algo extraño? ¿Por qué lo dices?

— ¡Fácil! Parece que ni se hablan.

—Claro que nos hablamos.

— ¿Entonces? ¿Qué pasa?

—No pasa nada —intentó disimular.

—No me mientas, pequeña.

—Bueno, ya quisiera estar pequeña —le daba risa saber que ella misma extrañaba ser una pequeña inocente.

—Ya dime.

Pensó un momento. Tal vez si debía contarle todo lo que sentía, necesitaba desahogarse, y quizá algún consejo. Pero no tenía ganas de hablar. Solo suspiró.

—Vaya, ¿Tan malo es?

—No, no. No es malo.

—Que no te creo.

Se decidió, acomodó sus palabras un momento y se dispuso a hablar—. Creo que solo ya no es lo mismo de antes.

—Bueno, pues hasta yo puedo darme cuenta de eso.

Le dio risa ese comentario—. No sé porque, tal vez el trabajo lo distrae demasiado.

—Yo trabajo el doble que él y con muchísimo más esfuerzo, y tengo tiempo hasta para estar hablando aquí contigo —eso sonó mas como un reclamo para Juan.

—Lo sé... Apenas si me cuenta cómo le va.

— ¿Debería hablar con él?

— ¿Qué? No, no. Descuida, no es para tanto. Se le va a pasar.

—Sabes que no es así de fácil.

Pensó en ello—. No.

— ¿Entonces? ¿Qué más es?

— ¿Qué más? No lo sé, eso lo sabrá él. Solo ya no me hace caso, no me dice nada, no nada.

—Me ha pasado.

— ¿Te digo algo? He andado con muchas personas, pero con ninguna podía estar más de dos meses, solo me la pasaba de un lado a otro. Pero con él no, a él sí que lo amo más que a nadie de ellos, lo valoro demasiado, pero él no a mí... Creo que eso es lo que me duele.

—Para empezar, tal vez no es que lo ames más de lo que amaste a los otros, si no que a Juan es al primero que has amado en realidad. Por eso duele.

Vio mucha razón en eso, nunca lo había pensado—. Si... Creo que sí.

—Vamos, ánimo. Solo tienes que hablar con él, y decirle justo lo que me acabas de decir.

—Suená fácil, te digo que ni siquiera me escucha.

—Si en verdad le importas, esto si lo escuchará.

Eso dolió, pero al igual que todas sus palabras, era verdad.

—Cada vez que tengan un problema así, bastará con que le digas todo lo que te molesta tal cual como lo piensas.

— ¡No es fácil decírselo!

—Es tu pareja, se supone que confían entre ustedes, así que no debe haber problemas en decirle ¿Cierto?

—Cierto...

—Bien. Y si tanto problema te cuesta, ¿Sabes que podría funcionar?

— ¿Qué?

—Finge que hablas contigo misma mientras finges verlo a los ojos, pero en realidad solo estarás viendo sus cejas. Y es como si te desahogaras

contigo misma. Así de fácil.

—Suenas bien. Lo intentaré —se preguntaba de dónde sacaba Alan una verdad y certeza tan grande—. ¿Por qué eres tan sabio?

Le sonrió—. Mi psicólogo me enseñó bastante.

Así que era algún psicólogo ¿Para qué habría Alan de necesitar un psicólogo? —. Ya veo... Gracias Alan —se lanzó a darle un abrazo, y después se puso de pie.

— ¿Hoy saldrás, Sofi?

—¡Oh! sí, veré a una prima.

— ¿Familia? ¿De verdad?

— ¡Sí! He encontrado a mi prima de la infancia.

—Me alegro de ti... Pues, mucha suerte —le daba orgullo y esperanza de que la chica se reconciliara con su familia.

—Nos vemos, iré a arreglarme.

—Claro —volvió a tomar su periódico, satisfecho de lo que le había aconsejado, y continuó leyendo. Sofi regresó a su cuarto para alistarse y ver a su prima, Aurora.

...

Sofi y Aurora habían acordado verse en un pequeño parque infantil, aquel parque donde sus madres las llevaban de pequeñas a divertirse de vez en cuando. Temía que el parque ya no estuviera en pie, hace mucho que no pasaba por allí.

Cuando se aproximó cruzando la calle y atravesó los primeros terrenos de pasto vio a una chica sentada en un columpio balanceándose lentamente mientras miraba al cielo. Estaba perdida, mostrando su piel blanca como la nieve con su blusa corta y negra. Supo que era su prima, o eso deseaba; corrió hasta ella y quedó de frente para poder observarla mejor—. ¿Aurora?

— ¿Sofi?

— ¡En verdad eres tú!

Aurora se bajó del columpio y abrazó con ganas a su prima entre gritos de

emoción—. Te extrañé tanto.

Sofi suspiró, sintiendo lo mismo.

—Y ¿Bien? —se soltaron.

—Creo que hay mucho de qué hablar —no podían borrar su sonrisa.

— ¿Y si caminamos? —Sofi accedió dándole la señal para comenzar a avanzar y juntas caminaron sin salirse del parque.

Aurora fue la primera en hablar, llena de intriga por lo que había sido de Sofi desde aquella última vez que la vio yéndose de casa sin más que una pequeña bolsa de ropa, y casi sin despedirse—. ¿Por qué te fuiste? ¿A dónde rayos fuiste? ¿Cómo estás hasta ahora? ¡Explícame todo!

Sofi rió un poco, al parecer ya no sentía remordimiento por el pasado, ahora solo se sentía bien—. Tranquila te lo contaré todo si quieres.

—Si ¡Explícamelo! —en ese momento admiró a su prima bajo los rayos del sol. Había olvidado lo hiperactiva que era, su cabello lacio, y sus facciones hermosas, facciones que hasta el momento seguían asimilando a una niña inocente, y lo más destacable: Su hermosa sonrisa. Una de las más perfectas que hubiese encontrado Sofi.

—Yo decidí irme de casa después de todos los problemas con mis padres.

— ¿Lo dices por las discusiones?

—Si ¡Por todo! Preferí irme, era mi oportunidad y lo hice —explicaba las cosas con calma y mostrando felicidad.

— ¿No crees que exageraste?

—Sip, tal vez, pero valió la pena.

Aurora sintió más curiosidad al escuchar eso—. ¿Por qué? ¿Qué pasó? ¡¿Qué hiciste?!

—Conocí a un chico —sus ojos brillaron.

—Mmm... Ahora entiendo ¡Eh! —rieron—, ¿No me digas que te fuiste por él?

— ¿Qué? No, no. Él era mi oportunidad de irme.

— ¡Pues cuéntame!

—Lo conocí ese día que llegué tarde, después de que salí de la escuela...

—mientras hablaba, Aurora se desvió de la caminata para alcanzar un juego tétrico que formaba varios cubos uno sobre otro para crear uno gigantesco por donde los niños podían trepar y jugar— ...Incluso nos quedamos durmiendo en un parque público de la forma más extraña.

— ¿Qué se sintió ser de calle?

—Divertido sinceramente —no pudo evitar sonreír al recordar esos momentos.

—Espera, ¿Entonces en donde estás ahora?

—Pues... Todo empezó porque Juan y yo pensamos en lavar autos...—Aurora siguió escuchando mientras trepaba por los barandales de colores del juego hasta que logró subir a la cima y se sentó cómodamente dejando que el aire se estrellara contra ella—... Y Alan nos propuso vivir con él.

— ¡¿Qué?! ¿Y aceptaste?

— ¡Sí! Era nuestra oportunidad. Alan y su mujer son muy buenas personas, nos tratan como a sus hijos ¡Lo juro! —alcanzó a su prima hasta la cima del juego y se sentó a su lado—, Ahora estamos muy bien allí. Juan tiene trabajo y yo estoy preparándome...

— ¿Para qué?

— ¡Para mis dieciocho años!

— ¡Cierto! ¡Cumplirás dieciocho este mes!

—Sí, muero de nervios —entró en la suficiente confianza para dramatizar mientras reía.

— ¿Vas a celebrarlo? ¡Tengo que felicitarte! ¡Dime donde vives!

Sofi se quedó totalmente seria tras la última pregunta. No le agradaba la idea de decirle su ubicación y que toda la familia se terminara enterando. Así se sentía bien.

— ¿Qué pasa?

—No creo que sea buena idea.

— ¡No se lo diré a nadie! ¡Lo juro!

—Creo que es mejor así —hizo uno de sus intentos por sonreír.

— ¿Es por tus padres?

—Si —respondió rápidamente.

—Te entiendo, pero yo si quiero volver a verte.

—Pues nos volveremos a ver. Tú no te preocupes por eso —logró calmarla. Hizo una pausa hasta que se atrevió a preguntar por sus padres—. ¿Cómo están ellos?

— ¿Quiénes? ¿Tus padres? —vio el gesto de afirmación—, Pues están bien. Todo está tranquilo. Es como si no hubiera pasado nada...

—Bien, eso significa que ya no se acuerdan de mí.

—No seas tonta, obviamente lo hacen.

—No se nota.

—Oye, ¡Oye! ¡Tú no sabes todo lo que pasamos cuando te fuiste de esa forma!

La vio con intriga, pero sin quitar su rostro de felicidad.

— ¡Te estuvimos buscando por meses! Llamamos a la policía, pegamos letreros, recorrimos las calles varios días, tu madre no paró de llorar hasta hace poco. Todos estuvimos agitados.

Sofi se sorprendió. Esa parte ni siquiera la había pensado cuando se fue. Pero se sintió afortunada de no haber sido encontrada por algún policía o por causa de alguno de esos letreros. Recordó al oficial que los había echado del parque, pero lo olvidó de inmediato—. ¿De verdad? Lo siento, en serio...—sintió lástima, no por todos, solo por Aurora.

—Pero ya pasó. Al menos yo sé que ya estás bien.

—Sí...—reflexionó un poco, quizá no era justo dejar al resto de la familia con la intriga durante toda su vida, y hacer que Aurora se mantuviera con un secreto hasta quien sabe cuándo. Pensó que sería mejor avisarles—. Oye... ¿Puedes decirles?

— ¿Qué? ¿A la familia?

—Sí... O solo a mis padres, no lo sé. Pero diles que estoy muy bien.

Eso le dio orgullo, como si Sofi estuviera entrando en razón y eso le diera esperanzas de volver a verla con la familia—. Lo haré.

—Pero solo diles que estoy bien, no más. ¿Sí?

—No te preocupes, yo les digo.

Sonrieron, satisfechas—. Gracias.

...

Juan estaba en su propio apartado, sentado detrás de su escritorio de cristal. Estaba esperando recibir una llamada, al parecer ese día era el único sin trabajo. Todos los demás, repartidos en distintos apartados que formaban hileras eternas en todo el complejo, respondían y mandaban llamadas constantemente. Juan solo estaba atento a los tonos de los teléfonos, a las palabras, a los pasos, a las risas de los que no estaban allí para trabajar, entre otras cosas. Volvió en sí cuando su teléfono al fin sonó. Lo levantó de inmediato y contestó—. ¿Sí? Buenas tardes, compañías...

—Sí, sí, disculpe. Tengo una emergencia y necesito hablar con el empleado Juan, por favor, urge.

Juan sonrió cuando reconoció la voz de Alan—.Tranquilo, soy yo.

— ¡Oh! Qué suerte tengo.

—Por supuesto. ¿Qué pasa? —le había alegrado el día, aunque daba un poco de decepción que no hubiese sido una verdadera llamada de servicio.

—Nada, en realidad. Solo quería leerte algo bastante curioso.

Se rió incluso antes de escuchar. Iban a llamarle la atención, no podía llamarle para algo así en el trabajo, pero de todas formas estaba aburrido—. ¿Qué cosa?

—Mmm... mira dice así "¿Sabías que hasta 1961 en el Reino Unido el suicidio era ilegal? Todo aquel que lo hiciera sería condenado a... La pena de muerte".

— ¿Qué? —le dio risa, aunque sintió que ya lo había escuchado antes—. ¿De dónde sacaste eso?

— ¿Verdad que es raro? Pues del periódico, de donde más —esperó a que Juan terminara de reír—. ¡Oh! Aguarda... ¡Mira este chiste! Había una vez un chico con una sola pierna derecha —no lo dejó responder—. Si... ¡Porque la otra era izquierda! —se esperó a terminar de carcajear, y Juan le siguió. Esperó de nuevo hasta que pasó la gracia—. Bueno yo tengo que irme, más bien tú tienes que irte. Solo pensé... Una vez también me marcó Lucía a mitad del trabajo y me sacó una gran sonrisa. No está mal de vez en cuando ¿No crees?

—Sí, creo que sí —terminó de reír por completo.

—Bueno... Pues te dejo, supongo que ya te diste cuenta de que hoy no iré a trabajar. Nos vemos acá Juan.

—Está bien Alan. Adiós —soltó una ultima carcajada mientras colgaba el teléfono. Una llamada un poco rápida y extraña, pero valió la pena.

Viendo las pocas llamadas que debía atender, prefirió irse de ese pequeño e incomodo cubículo. Se puso de pie y caminó hasta el balcón exterior, donde se encontraba la única zona permitida para fumar. Salió a sentir un poco el aire fresco. En ese momento no había nadie. Aprovechó el momento de privacidad, y que ahora sabía que Alan no trabajaría, y esculcó por todos sus bolsillos con ansiedad hasta que encontró un cigarrillo en el pantalón, sacó junto a él un encendedor y lo colocó en su boca, listo para fumarlo. Mientras lo encendía, pensó en como Sofi o Alan lo matarían si se enteraban, más aún porque no era cualquier cigarrillo, cuando comenzó a soltar las primeras nubes de humo, sintió el olor de la marihuana cubriendo el entorno. Debía apurarse antes de que alguien más entrara, si no era alguien de confianza lo delatarían con el jefe, o incluso con Alan. Pero durante esos minutos, pudo sentirse relajado, exaltado e incluso feliz. En verdad le encantaba la marihuana, procuró disfrutarla lo mejor posible, pero tuvo que aspirar rápidamente hasta que el cigarrillo se terminara y fuera inservible.

Satisfecho, se asomó por los barandales del balcón, y lo arrojó al fondo borrando evidencias. Ahora solo faltaba que el olor se dispersara. Caminó de regreso a la puerta para volver a su cubículo, vio atrás un momento, sintiendo arrepentimiento, pero después pensó en que valía la pena, y continuó listo para seguir “trabajando”.

...

Juan llegó a casa a las ochode la tarde. Estaba exhausto, y no por trabajar, tuvo que estar esperando sin nada que hacer lleno de desesperación y aburrimiento. Entró dando las buenas noches a Alan, que veía la televisión en la sala, y a Lucía que acomodaba cosas en la cocina. Subió a su cuarto en busca de descanso, y cuando entró, Sofi ya lo

esperaba sentada en su cama.

— ¡Al fin llegaste!

A Juan le cautivó su sonrisa de alegría—. Si, por fin en casa—. Se acercó para darle un beso en la frente y se dejó caer como trapo en su cama.

— ¿Cómo te fue?

—Bien, me fue bien, ya sabes, cansado, como siempre.

—Ya veo —se sentía incómoda, tal vez nerviosa.

— ¿Tienes algo?

Le motivó verlo preocupado por ella—. Si... En verdad sí.

— ¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Todo bien?

—No...

—Dime que pasa —se sentó para escucharla.

—No quiero hacerte el drama pero no sé ni cómo explicarme.

—Pues solo dímelo.

—Es sobre tú y yo, sobre nosotros.

¿De verdad? Juan no tenía ánimos para hablar de ello en ese momento, no sonaba nada bien—. ¿Qué cosa?

Intentó recordar las mismas palabras que le había explicado a Alan—. Siento que... Yo hago mucho por ti. En verdad te amo y te aprecio, pero me haces sentir que tu a mi no, que no te importo ¿Sabes? —en verdad funcionó verlo a las cejas.

Juan pensó un momento que responder, no esperaba un reproche de golpe, no algo así. ¿La estaba descuidando? ¿Le hará falta convivir más? ¿Y si comienzan a sospechar de sus vicios? Se llenó de preguntas—. ¿Qué? No ¡Claro que no! ¿Por qué piensas eso?

— ¡Ya te lo dije! Porque eso me haces sentir. Apenas si me hablas.

Juan, en el fondo, sabía que era verdad—. No es mi intención...

— ¿No? Entonces demuéstramelo.

—Pero si sabes que si te amo.

—No, ya no lo sé. Me haces dudar si esto aun va a funcionar, ¿Qué va a pasar con nosotros? ¿Con nuestra vida?

—Tranquila...

— ¡No! Es que parece que a ti no te hace sentir ni un poco mal.

—Amor...

—Considéralo un poco si no quieres que esto termine —se levantó de la cama y salió fingiendo estar furiosa.

Sintió que se pasó, ni siquiera ella quería que las cosas se acabaran, pero debía ser firme. Antes de revolver más su mente bajó apresurada buscando a Alan. Lo encontró sentado aún en la sala.

— ¡Alan!

— ¿Sofi? ¿Qué pasa? —se puso de pie.

—Creo que me pasé un poco.

— ¿De qué hablas?

—Ya hablé con él.

—Oh... Sobre Juan ¿Todo bien?

—Tal vez fui muy dura.

— ¿Por qué lo dices?

—Hasta lo amenacé con terminar las cosas.

Alan pensó, un poco sorprendido—. ¿De verdad? Te pasaste —intentó decirlo más como broma pero no funcionó.

— ¿Qué hago?

—Hay Sofía...—la apartó un poco para que pudieran recargarse en un pasamanos que atravesaba la estancia—. Las cosas no pueden terminar así. Luego imagínate ¿Qué haría yo? Ustedes pueden llegar hasta a odiarse y yo tendré que decidir si sacar a uno de la casa ¿O qué? Sería muy incomodo y molesto para todos —sus comentarios no estaban

saliendo bien.

—Lo sé, lo sé... Pero no se qué hacer.

—Calma. Tú insiste, o espera a ver que hace él. Las cosas no pueden terminar entre ustedes dos.

Ella podía creerle—. Entonces ¿Solo espero? —comenzó a desesperarse.

—Lamentablemente sí. Esperemos.

...

Mientras Sofi y Alan hablaban en el piso de abajo, Juan ya se había acomodado en su cama bien cubierto con las sábanas. Tal vez le costaría dormir, ahora le atacaban cientos de dudas. ¿Qué iba a hacer? ¿Y si perdía a Sofi? ¿Qué sería de sus vidas? ¿Por qué ella pensaba así? Se puso a reflexionar un poco sobre esas preguntas, llegando a conclusiones diferentes: Podía ser que se estaba comportando muy como un hombre, un hombre que solo tiene que trabajar y descansar. Se le había olvidado su principal objetivo al trabajar, que trataba en ahorrar para tener una vida propia con Sofi. O quizá eran las drogas. Las drogas podrían ser las culpables de hacer que se comportara así, atontarlo, desconcentrarlo, viciarlo, entre otras cosas. Las drogas le quitaban mucho espacio en su cabeza. Recordó a su amigo Jefferson, un chico de su edad que había conocido en el trabajo. Él lo había introducido al mundo de las drogas, él era el culpable de que ahora tuviera un conflicto así; pero también había sido un buen amigo, un gran consejero y compañero. Pensar tanto en Jefferson le dio la necesidad de verlo, y no pudo resistirse, se tomó en serio aquella idea. Sí, definitivamente debía volver a verlo, quizá al siguiente día, su día de descanso... ¡Rayos! No le había comentado eso a Sofi para ir a cenar, podría ser una oportunidad, mejor olvidarse de Jefferson y ver qué podía hacer con su chica. Cerró los ojos como un intento para descansar, ahora más motivado para empezar el próximo día.

...

Al día siguiente, se levantó en cuando despertó, y corrió a buscar a Sofi a su cuarto. Solo abrió la puerta a medias para darse cuenta de que ya no estaba, y bajó para ver si se encontraba desayunando, o haciendo algo más en la parte de abajo. Al final de las escaleras, escuchó a todos reír en el comedor. Se asomó hasta que vio a Sofi sentada disfrutando de un plato de cereal mientras reía con Lucía a un lado. Alan, que estaba más cerca de la puerta, lo invitó a unirse—. No queríamos despertarte, anda ven a desayunar.

Entró angustiado por la fuerte mirada que le puso Sofi, intentó ignorarla y buscó un plato entre los trastes recién lavados.

— ¿Hoy no trabajarás? —Alan preguntó al verlo ir con calma.

— ¿He? No. Me dieron descanso hoy —todos guardaron silencio y siguieron en lo suyo. Aprovechó para citar a Sofi, como si nunca antes hubiesen salido—. Oye, Sofi, ya que descanso podríamos ir a cenar hoy.

Antes de que ella respondiera con un “No, gracias” Alan habló por ella—. ¿Qué? ¿No lo sabes? Hoy la acompañaré al registro civil.

Se le había olvidado por completo que ya se aproximaba su turno, y si no le decían, se le olvidaba también que estaba cerca de ser mayor de edad—. Oh... ¿De verdad te toca hoy?

—Sí, hoy —Sofi estaba indiferente.

Aunque se sintió mal por no saberlo, le alegró saber que tendría el día libre, ahora si podía ir a buscar a Jefferson. Pero no iba a ser grosero, debía disimular—. Oh... Mucha suerte —al parecer, todos notaron que era un deseo de suerte falso.

Sofi y Alan dieron las gracias al mismo tiempo. Con la incomodidad, Juan prefirió llenar su plato con cereal y leche e irse a otra parte a comérselo, como la sala o los escalones de la parte trasera de la casa.

— ¿Estás lista? —preguntó Alan después de que Juan se fuera con su plato.

—Si... Creo que sí —la verdad era que estaba un poco nerviosa.

—Bien, nos vamos en una hora ¡No se te olvide! —parecía que él también lo estaba.

—Sip.

Recordó cuando había sido el turno de Juan. Alan lo había apoyado hasta conseguirlo. Ellos no tenían papeles, se habían quedado con sus familias; pero Alan, al ser un hombre adinerado y con gente por todos lados, logró conseguir el apoyo y los permisos para que Juan consiguiera su cartilla militar y su identificación; sin duda una gran suerte haber encontrado a Alan, los apoyaba en todo, incluso les ofreció volver a los estudios, pero su decisión fue un no, definitivamente no querían volver a dedicarse a eso, sintieron que era momento de comenzar por lo menos a pensar en sus vidas ahora que tenían a Alan como alguna clase de padrastro. Ahora, también haría lo mismo con Sofi, así que no sería gran problema,

prácticamente Alan se encargaría de todo.

Terminaría de desayunar y se prepararía, Alan ya solo la esperaba, él siempre se arreglaba desde temprano con sus trajes formales y estaba listo sin problemas cuando fuera.

Pensando sobre cumplir dieciocho años recordó a su prima Aurora, no le había preguntado cuando los cumplía ella y ni siquiera se acordaba, de hecho ya no recordaba muchas cosas del pasado antes de que se fuera de casa. Pero ultimadamente le llamaría después o volvería a verla.

Respecto a Juan, esperaba que estuviera con ella en un día así de importante, así como ella estuvo en su momento con él, apoyándolo como si fuera el evento más importante de su vida; pero al parecer no fue así, solo le deseó "suerte" y se fue; quizá saldría a algún lado, pero ya no era su problema, no iba a detenerse por las malas actitudes de Juan. Si algo aprendió con las tantas parejas con las que experimentó en sus estudios, es que no debía depender de sus actitudes o sus actividades todo el tiempo o saldría afectada y/o lastimada incluso.

Subió a su cuarto para arreglarse un poco y prepararse para sus trámites, mientras Alan la esperaba terminando de hacerse una última taza de café en la cocina.